DON JUAN VALERA Y EL ROMANTICISMO ESPAÑOL

María Jesús Moreno Solís
Universidad de Córdoba.

Importantísima es la labor que este insigne egabrense desempeñó a lo largo de toda su vida como *crítico,* tanto político y filosófico, como puramente literario. Sus cientos de artículos y ensayos son fundamentales para comprender la naturaleza y el sentido de las composiciones, poéticas y novelescas, que tenían más éxito entre los lectores contemporáneos, así como las de periodos anteriores, cuyo análisis crítico permitían a Valera establecer marcadas diferencias.

Me ha llamado especialmente la atención el elevado número de artículos que don Juan publicó en los periódicos de su tiempo, dejándose ver con ello cuál fue su verdadera fuente de ingresos, al margen de los que pudo recibir de la publicación por entregas de sus novelas. Así pues, considerando el protagonismo que este género alcanzó en la pluma de nuestro escritor, he optado por elegirlo para este estudio.

¿Por qué la elección del Romanticismo para conocer al Valera crítico? Porque esta corriente literaria nacida en Alemania, que viene a España a través de los franceses y que fue adoptada por nuestros poetas y literatos principalmente durante la primera mitad del siglo XIX, es la que precede inmediatamente a la actividad literaria de nuestro autor y resulta muy interesante saber cómo ve a nuestros románticos y sus obras, si se identifica con ellos o han dejado alguna huella en él y sus coetáneos.

No parece que podamos detectar notable influencia del Romanticismo en las novelas de Valera, pero desde luego su fecunda lectura de románticos nacionales y extranjeros dejó marca imborrable en nuestro estimado paisano, que dedicó a lo largo de su trayectoria periodística varios artículos a la crítica, no siempre negativa, de destacados románticos y del periodo en sí, además de innumerables referencias en sus cartas. En concreto, centra nuestro

interés su artículo *Del Romanticismo en España y de Espronceda,*[1] que escribió en 1854, esto es, en los primeros años de su desempeño de la labor crítica. Éste será uno de los más significativos al respecto, dado que no solo expone una visión juiciosa sobre Espronceda, sino también sobre otros románticos españoles, como Zorrilla y el Duque de Rivas –al que dedica además su propio artículo[2]– que podrían salvarse junto al primero de los ataques más duros que hace al Romanticismo como movimiento literario, cultural y político. Todo un ejemplo de distanciamiento ante una realidad tan cercana que incluso lo llevó a afirmar en aquel momento que «el romanticismo no se [había] de considerar como secta militante, sino como cosa pasada, y perteneciente a la historia»[3].

* * * * * * * *

La visión crítica que ofrece Valera del Romanticismo, no solo afecta a su consideración de éste como corriente o movimiento literario de gran repercusión, sino que alcanza y se detiene en géneros y autores concretos. Vemos, pues, que el «ideal de perfección» que tuvo presente a la hora de escribir sus novelas, históricas y «de costumbres», y que nunca llegó a realizar porque «descendió al estadio de la prensa»,[4] también lo persiguió en sus artículos críticos, donde, aún obligado a escribir de forma accesible y sin tiempo para cuidar su expresión, es capaz de articular magníficos conjuntos argumentales en los que demuestra «su claro talento discursivo»[5] y su amplio bagaje literario, fruto de sus más de sesenta años de lector infatigable. Un buen ejemplo de ello es su citado artículo *Del Romanticismo en España y de Espronceda,* uno de los primeros, pero en el que encontramos ya algunas de las líneas generales de su pensamiento posterior y de sus técnicas más recurrentes.

---

[1] Juan Valera, «Del Romanticismo en España y de Espronceda», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. Edición digital a partir de *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, tomo I, Madrid, Librería de A. Durán, 1864, pp. 119-153.

[2] Juan Valera, «El Duque de Rivas», *Obras Completas,* estudio Preliminar de Luis Araujo Costa, T. II, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 729-767.

[3] Juan Valera, 2003, p. 124. «Del Romanticismo ... ».

[4] Expresión acuñada por Joaquín Álvarez Barrientos, «Ideas de Juan Valera sobre la novela romántica», en VV.AA., *Romanticismo 3-4. Atti del IV Congresso sul Romanticismo Spagnolo e hispanoamericano*, Génova, 1988, p. 16, que habría sido utilizada en alguna ocasión por el propio Valera (1864).

[5] Manuel Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968, p. 19.

> Ir de lo general a lo concreto de forma sucesiva, repitiendo el ciclo varias veces de manera que el lector encuentre juicios críticos precisos tras unos preceptos generales. Todo ello envuelto en ironías, imágenes ocurrentes y tópicos literarios sobre las modas literarias que le sirven al autor para ganarse la atención y la parcialidad de su receptor,[6]

son los recursos más destacados empleados por nuestro autor en este artículo y representativos de toda su obra crítica posterior.

Ahora bien, puesto que nos interesa más profundizar en la concepción del Romanticismo y de los románticos que tenía don Juan que en los aspectos formales de sus artículos –otro interesante aspecto a estudiar—, dejaremos éstos a un lado, no sin antes aludir al hecho de que, aunque no es del todo positiva la visión del Romanticismo que presenta, el tono de Valera en este artículo es un tanto romántico en cuanto que exaltado, pues se expresa éste en primera persona, haciendo claramente manifiesto su «yo» a lo largo del texto[7]; realiza afirmaciones tajantes, exageradas, utilizando el presente gnómico o atemporal para enfatizar la univocidad de las mismas[8]; y ofrece muestras de exaltación tales como las admiraciones o interrogativas retóricas.[9] En suma, estamos ante uno de los mejores artículos críticos de Valera, ya que no solo trata con rigor y profundidad el tema que aborda, sino que, además, se inmiscuye tanto que el Romanticismo aflora en el autor, trasluciéndose en sus palabras y su estilo. Es, pues, don Juan un crítico que se deja llevar. Le es mucho más fácil

---

[6] Pedro Ojeda Escudero, «*Del Romanticismo en España y de Esproceda*. Significado y alcance del artículo de don Juan Valera», en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera*, Cabra, Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 375-376.

[7] Aunque son varias las muestras de este tipo de expresiones que podemos encontrar en el artículo en cuestión, y en muchos otros, citaré solo un ejemplo significativo y representativo del resto: «Pero esta manía autobiográfica [de los románticos] la disculpo yo, y hasta la alabo», p. 128.

[8] Ejemplos representativos de este atrevimiento de Valera en sus juicios son: « [...] no hay país más romántico que el nuestro», p. 123; «La poesía romántica tiene, a no dudarlo, algo de socialismo [...] La poesía es toda aspiración y vaticinio», p. 130; «Nuestros poetas románticos han sido y son desaliñados por ignorancia o por descuido, llorones por moda o porque en España no ha habido en mucho tiempo sino motivo de llorar, y muy a menudo, hinchados, palabreros, y vacíos de sentido», p. 133

[9] Una de las interrogativas retóricas más interesantes de este artículo de Juan Valera es la que plantea, sin respuestas, en su justificación de la reflexión autobiográfica y el interés por el «yo» de los románticos: «¿Y por qué no ha de llamar a sí la atención del mundo, cuando llama constantemente la de Dios, y le interesa y enamora hasta el extremo de hacerle tomar carne mortal y morir por amor suyo?», p. 128.

discurrir partiendo de la obra ajena, respecto a la cual sabe marcar un claro distanciamiento, aunque se trate de creaciones y autores tan cercanos como los que enjuicia en este artículo, que la compleja creación literaria, con la que se enfrenta constantemente a lo largo de su vida, pero con una voluntad autocrítica que le impide publicar nada hasta estar completamente seguro de su calidad. Así pues, tras tantos años de dejar fluir la palabra en sus ensayos críticos y sus cartas, *Pepita Jiménez*, su primera novela acabada y publicada, saldría a la luz a sus cuarenta y ocho años.[10]

Valera, consciente de que su formación, muy superior a la del nivel medio, puede tener cierta utilidad para lectores y autores, lleva a cabo una labor crítica que, lejos de enredarse en la absurda concesión de premios y censuras, pretende ser «una crítica nueva (¡para su tiempo, que afortunadamente no lo es para el nuestro! –como exclama Bermejo Marcos en su estudio del Valera crítico–), personal y ligera».[11] Asumiendo la terminología empleada por el profesor Montesinos, según el cual la novela de Valera fue «novela en libertad»,[12] estamos en disposición de afirmar –como también hace Bermejo Marcos– que la crítica que ejerció durante toda su vida fue en cada momento una «crítica en libertad».

Centrándonos ya en la visión que tenía nuestro paisano de este movimiento literario que le precedió y le influyó en cierto modo, aunque se empeñara en contemplarlo siempre con enorme distancia, hemos de destacar algunas ideas claves, dignas de un estudio más detallado.

Primeramente, es preciso partir de la opinión sobre el Romanticismo y los románticos expuesta en primer término por Valera, tras el breve repaso preliminar por la situación de las letras españolas en el tiempo en que escribe este ensayo y en el inmediatamente anterior. Según este juicio inicial, no es criticable el movimiento en sí nacido en Alemania, ni los primeros románticos, creadores de una tendencia que, además de literaria, constituía una auténtica «doctrina filosófica y patriótica».[13] Sí habría que reprobar, en

---

[10] Hecho llamativo tanto por la edad madura del escritor, como por la forma epistolar en que escribe esta novela que por fin se decide a publicar tras sus numerosos tanteos literarios, quizá porque éste es el género en el que se siente más seguro.

[11] Manuel Bermejo Marcos, 1968, p. 27.

[12] José F. Montesinos, *Valera o la ficción libre*, Madrid, Gredos, 1957, p. 26.

[13] Juan Valera, 2003, p. 124. «Del Romanticismo ... ».

cambio, a los que contaminaron el Romanticismo primigenio hasta tal punto que los dos Schlegel, quienes lo proclamaron en su país de origen, ya no lo hubieran reconocido. Se refiere Valera, claro es, a «la secta de los románticos, que vino de Francia, como vienen todas la modas»,[14] afirmación que introduce un sutil pero directo ataque al grupo de románticos franceses, que continuará en párrafos sucesivos, donde especifica los errores cometidos por Chateaubriand, Víctor Hugo o Mme. Staël, quienes tomaron por romántico cuanto era alemán, aunque no fuese romántico, y añadieron mucho de su propia cosecha, haciéndonos llegar, por tanto, un Romanticismo falseado y contaminado, que poco tenía en común con el alemán.

Esta crítica la extiende Valera a los románticos españoles, que heredaron los vicios franceses y repitieron el proceso, de forma que añadieron a los elementos heredados del Romanticismo francés todo cuanto les pareció romántico en nuestro propio país, así como los rasgos de un Romanticismo diferente, el inglés, que –en términos del propio don Juan– «por sí solo imprimió un carácter singular a la nueva literatura».[15] Igual que sucede con el Romanticismo alemán, el crítico también tiene en estima a los románticos ingleses, creadores de un movimiento literario con características propias y personales. A propósito de las obras de Byron, dice que es éste «ingenio poderoso y originalísimo», y de las de Walter Scott, que es «no menos original, pero no tan grande».[16] Advertimos, por tanto, que no es la corriente romántica como tal el objeto de los ataques del cordobés, sino la mala asimilación de la misma por las respectivas literaturas, entre ellas, la española, que la amoldó a nuestras inclinaciones y carácter, tiñéndola de un «color local»,[17] de unos rasgos propios que tuvieron al principio «mucho de ridículo, de pueril y de exagerado»,[18] en cuyo análisis nos detendremos más adelante.

No obstante, entre tanta crítica, no debemos restar importancia a la valoración positiva que también lleva a cabo Valera respecto al Romanticismo. Reconoce éste que el Romanticismo supuso una revolución, que

---

[14] *Ibidem*, p. 123.
[15] *Ibidem*, p. 125
[16] *Ibidem*, p. 125.
[17] *Ibidem*, p. 126.
[18] *Ibidem*, p. 123.

«vino a libertar a los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos, y lo consiguió».[19] Esta libertad que trajo el Romanticismo a los escritores, principalmente poetas, de nuestro país es considerada el influjo más beneficioso de esta corriente que, como podemos apreciar, se presenta enemiga del Neoclasicismo francés también vigente en esta época, pero sobre todo en el XVIII, y que es, asimismo, atacado en el artículo.[20] Juan Valera plasma, así, «ideas que habían germinado desde los primeros tiempos de la polémica clasicistas–románticos y que había sido desarrollada por críticos posteriores»[21] –como señala Ojeda Escudero–.

Reconoce, además, nuestro Valera crítico que, aún en los momentos más álgidos de la revolución romántica, donde más altura alcanzaron las exageraciones románticas que pasarían con la revolución, hubo quienes se salvaron: «los hombres de buen gusto»,[22] que constituyen algunas de las excepciones románticas merecedoras de elogio. En este sentido, conviene llamar la atención sobre el relativo aprecio que manifiesta don Juan acerca de los tintes que iría tomando el Romanticismo en España.

Tal como anunciamos anteriormente, el movimiento en cuestión adquiere entre nuestros literatos –como en el resto de países– un «color local», que, al tiempo que es heredero de los tópicos románticos más infaustos, llega a apropiarse de una serie de rasgos que lo diferencian del resto y que no parecen del todo mal a Valera. En esta línea se encuentra la defensa o valoración positiva que hace de Goethe y su «poesía trascendental», «idea peregrina [que] este egregio poeta prestó y añadió al romanticismo».[23] «Príncipe de los poetas de este siglo»[24] es otro de los calificativos que le merece Goethe. Podemos comprobar, por tanto, que el escritor egabrense no sólo se muestra exaltado en sus críticas, sino también en sus logias. El trascendentalismo

---

[19] *Ibidem*, p. 124.

[20] Ya en la última cita se observa la crítica al Neoclasicismo, cuando lo define como «yugo ridículo de los preceptistas franceses», p. 125. Sin embargo, esta crítica se manifiesta también de forma interesante en sus alusiones a Moratín, p. 122, y a Quintana, pp. 124-125.

[21] Pedro Ojeda Escudero, 1997, p. 385.

[22] Juan Valera, 2003, p. 124. «Del Romanticismo...».

[23] *Ibidem*, p. 126.

[24] *Ibidem*, p. 126.

que Goethe trató de aplicar a la poesía romántica española, procedente de un paganismo griego –que no alemán–, parece reflejarse en las propias composiciones de Valera, en cuyas novelas es fundamental el porqué y el cómo de los sucesos, el juego entre el catolicismo de muchos personajes y lo endemoniado de otros, o la conjunción de ambos aspectos en uno mismo. Claves también de muchas novelas posteriores, recibidas, claro es, de este peculiar Romanticismo español, que, como afirma don Juan en este artículo, «podía ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo a la vez».[25]

Ahora bien, no creamos que sólo halla Valera apologías y encomios en nuestra personal asimilación del movimiento literario de origen germano, pues, aunque justifique los principales momentos de mayor exageración romántica por ser pasajeros y disculpe ciertas manías de expresión, son varias y muy concretas las objeciones que plantea.

Por una parte, lleva a cabo una crítica irónica de los tópicos románticos más extendidos: la espiritualidad y extravagancia del hombre romántico, su desaliño, su creación inspirada, la infelicidad que había de caracterizar su existencia, la imposibilidad de alcanzar la mujer a la que aspira, son algunos de los que alude en un discurso claramente irónico, en el que se insertan expresiones coloquiales que contribuyen a lograr este tono de crítica paródica.

Por otra, juzga Valera con mayor seriedad y dureza aspectos del Romanticismo español que considera ciertamente ridículos. Critica, así, el prosaísmo de muchos poetas románticos que, pretendiendo escribir una poesía más social, no hacen sino realzar lo feo y lo malo, sin ser por ello inmorales; la verbosidad de éstos, porque –según dice– «la pompa y majestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido»[26]; y la hipocresía del Romanticismo español, «porque finge la fe que no tiene».[27] Afirmaciones tajantes todas ellas, que ponen de manifiesto la rotundidad con que ataca directamente estas características de nuestros románticos. No obstante, la gravedad con que lleva a cabo estas críticas se convertirá

---

[25] *Ibidem*, p. 127.
[26] *Ibidem*, p. 132.
[27] *Ibidem*, p. 133.

inmediatamente en burla, desde mi punto de vista, ya que la justificación posterior que pretende hacer de los románticos con los rasgos que critica y la defensa de la multitud de «malos y menos que medianos poetas»[28] que surgieron en este periodo, están cargadas de una cruel ironía. Especialmente representativa de esta matización burlesca, que llega a la ridiculización de cuanto se afirma, es la siguiente:

> Nuestros poetas románticos han sido y son desaliñados por ignorancia o por descuido; llorones por moda, o porque en España no ha habido en mucho tiempo sino motivo de llorar; y muy a menudo, hinchados, palabreros, y vacíos de sentido. Mas a pesar de todo, yo entiendo que los debemos *absolver* por la inspiración y entusiasmo que suele haber en sus poesías; y porque muchos de ellos, que comenzaron a escribir cuando nada sabían, han ido después aprendiendo y corrigiéndose hasta llegar a un término razonable...[29]

He resaltado tipográficamente el término «absolver» por las connotaciones irónicas que implica, al emplearse con el sentido de justificar a los románticos como si se les estuviese perdonando un pecado de índole religiosa o moral. Así también, considero relevante la lectura más seria que podemos realizar del reconocimiento de Valera de la inspiración de la que tanto hablaban los románticos, quizá envidiada por éste, pues, a pesar de sus vastos conocimientos literarios, esta inspiración creadora de los románticos era lo que faltaba al cordobés para traspasar la barrera de la crítica y superar la de la creación literaria.

Tras este análisis crítico de lo positivo y negativo que ve en el Romanticismo como corriente literaria, comenta Juan Valera la opinión que le merecen nuestros autores románticos más destacados. Entre ellos, únicamente salva a «tres ingenios tan altos y tan fecundos, que otros como ellos no habían venido a nuestro suelo, desde que murió Calderón»[30] –una vez más se deja llevar por la fluidez de la palabra y por la exageración típicamente romántica–: el Duque de Rivas, Zorrilla y Espronceda, condenando así a todos los demás que vienen considerándose tradicionalmente románticos (Bécquer o Larra, entre otros). El primero y el último son merecedores de

---

[28] *Ibidem*, p. 134.
[29] *Ibidem*, p. 133.
[30] *Ibidem*, p. 134.

un tratamiento particular por parte de Valera, quizá porque les concedió más importancia en el contexto literario de la época.

Sobre el primero escribiría el artículo más extenso y elaborado de los que dedicó a los románticos españoles,[31] en el que expresa las mayores alabanzas al Duque que, para nuestro crítico, era el mejor ejemplo de «poeta–señor» del siglo XIX español, además de un buen amigo de juventud. En los párrafos que dedica Valera a enjuiciar la obra y el carácter de éste en su artículo sobre el Romanticismo en España, expone someramente los puntos más relevantes sobre los que hace hincapié en su ensayo específico: el elogio de *El Moro Expósito* como el más bello y personal de sus poemas épicos, la admiración manifiesta por el *Don Álvaro* como el mejor drama romántico, pero, sobre todo, la loa de la calidad de sus poesías «más clásicas, más horacianas y más academicistas».[32] Será esto último lo que nos dé las bases para afirmar que, según los datos y valoraciones que el crítico cordobés ofrece de éste, «el Duque es el menos romántico de nuestros románticos».[33]

Todo lo contrario podemos deducir de su visión de Espronceda, al que considera el más romántico de España en el artículo sobre el Romanticismo español que venimos comentando, en el que Espronceda se inscribe como protagonista, diferenciado de los otros dos.[34] Parece, por tanto, que éste es el que goza de mayor simpatía por parte de Valera, que se detiene especialmente en el elogio del Primer Canto del *Diablo Mundo*, su obra más romántica.[35] Juan Valera defiende a este romántico, «el más apasionado»,[36] de quienes lo acusan de ser un mero imitador de Byron, sin dejar de reconocer la influencia de éste. Pero, sin duda, lo que más llama la atención de nuestro paisano es el alto grado de apasionamiento y fuerza emotiva que calan en los lectores de este genio romántico, que reúne todas las virtudes de que él carece y que cree

---

[31] Juan Valera, «El Duque de Rivas», *Obras Completas*, T. II, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 729-767

[32] *Ibidem*, p. 742.

[33] Aseveración que compartimos con Manuel Bermejo Marcos, estudioso de los trabajos críticos de Juan Valera. M. B. Marcos, 1968, p. 168.

[34] Juan Valera, 2003, p. 138-153. «Del Romanticismo ...».

[35] *Ibidem*, pp. 141-148.

[36] *Ibidem*, p. 138.

que ningún poeta debiera tener. Aunque paradójico, puede que sea en ello donde radica tanta admiración. Quizá otro de los motivos que más llamara la atención de Valera sobre Espronceda fuera el de su existencia también tan romántica, cumpliéndose en él todos los tópicos: desorden vital, muerte joven...; además del hecho de que Espronceda es, ante todo, poeta, y ésta era la verdadera vocación literaria del egabrense, que, aunque nunca dejó de cultivar la poesía, tuvo que reorientar su carrera literaria hacia el ensayo crítico y la novela por capítulos, que le darían de comer.

Queda por comentar la opinión que Zorrilla merece a nuestro Valera crítico. Podemos derivar del hecho de que éste no le dedique un artículo propio, que Zorrilla, aun habiendo sido incluido entre los «ingenios» románticos, es digno de menor aprecio por su parte. Es mucho más reducido el espacio que emplea para el comentario del autor «más fecundo de todos»,[37] siendo, además, contradictorio el elevado número de defectos que atribuye a sus composiciones, de las que sólo salva una cuarta parte. No obstante, perdonará Valera todos estos defectos, que reconoce abiertamente, al que considera el más nacional de nuestros románticos, que también salvaría de la quema en este trascendental artículo.

Dejando a un lado estas cuestiones, me interesa, por último, abordar las escasas referencias a la novela romántica y valoraciones de ésta que podemos encontrar en la amplísima producción valeriana. Bermejo Marcos señala que, en diversas ocasiones, el crítico «deja ver indirectamente su poca estima por las producciones de Fernández y González, a quien consideraba capaz de escribir mejor de lo que escribió».[38] Son numerosísimas, en cambio, las veces en que Valera escribe sobre novela, en general, para manifestar sus preferencias, silenciando a manera de crítica aquellas manifestaciones novelescas que menos le gustaban. Uno de los subgéneros de novela que más lo sedujo fue, sin embargo, la novela histórica. La defensa que Valera hace del interés de los románticos por ésta,[39] que vincula al gusto por el

---

[37] Ibidem, p. 137.

[38] Manuel Bermejo Marcos, 1968, p. 172.

[39] José F. Montesinos realiza una interesante afirmación a este respecto: «El historicismo es la dimensión temporal de esta tendencia romántica a comprenderlo todo, como el exotismo es su dimensión espacial», 1957, p. 46.

folklore y, por consiguiente, al desarrollo del nacionalismo,[40] se deja ver en su producción literaria, ya que *Morsamor* puede interpretarse como el resultado de su propósito de ofrecer «un modelo de novela histórica español».[41]

En su pretensión de escribir novelas históricas, que terminan convirtiéndose en novelas en las que lo histórico no es más que el marco donde poder detenerse en sutilezas psicológicas y pintar retratos y cuadros cercanos a la realidad, podemos apreciar, pues, cierta actitud romántica de Valera; pero no solo en esto se observa su romanticismo. Como ya hemos señalado, el tono romántico, exaltado y personal, en que está escrito su artículo *Del Romanticismo en España y de Espronceda*, y otros románticos –aunque trate decididamente de marcar un claro distanciamiento respecto a ellos–, evidencia, asimismo, el indudable influjo que ejercieron en sus creaciones estos precedentes literarios. Influencias románticas que también se manifiestan de un modo u otro en sus novelas, mucho más numerosas de lo que él llegaría a reconocer.[42] El propio Morsamor o don Faustino, en *Las inquietudes del doctor Faustino*, están aquejados de muchos de los males románticos, entre ellos la rebeldía. Rebeldía romántica que manifiesta el propio don Juan al no ajustarse por entero a ninguno de los movimientos literarios que rondan su creación. «Ni romántico, ni realista, ni naturalista» –como afirma Bermejo Marcos–,[43] lo que nos interesa resaltar de don Juan Valera, como conclusión, es que si él mismo hubiese *autocriticado* con distanciamiento real sus novelas, como tan acertadamente juzga las de tantos otros, quizá hubiese advertido cuantos detalles románticos pueden notarse en ellas, que nunca estuvieron tan alejadas del Romanticismo anterior como él pensó y escribió en tantas ocasiones.

---

[40] Juan Valera hace gala de un gran patriotismo en el comienzo del artículo «Del Romanticismo...:» y en sus composiciones en general.

[41] Joaquín Álvarez Barrientos, 1988, p. 16.

[42] El propio Menéndez y Pelayo en su correspondencia con Valera, llegó a decir de éste lo siguiente: «En realidad, si arte no es más que las heces del romanticismo, degenerado y pedestre», *Epistolario*, nº 215 [Madrid, 5.10.1886], p. 302, citado por Luis López Jiménez, *El Naturalismo y España. Valera frente a Zola*, Madrid, Alambra, 1977, p. 117.

[43] Manuel Bermejo Marcos, 1968, p. 165.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, «Ideas de Juan Valera sobre la novela romántica», en VV.AA., *Romanticismo 3-4. Atti del IV Congresso sul Romanticismo Spagnolo e hispanoamericano*, Génova, 1988, pp. 9-16.

BERMEJO MARCOS, Manuel, *Don Juan Valera, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968.

GABINO, Juan Pedro, «Valera en la crítica de Clarín: veinticinco años de interpretación literaria (1875–1901) », en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera. Conmemorativo del centenario de la publicación de «Juanita la Larga»*, Cabra (Córdoba), Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 425-435.

GARCÍA CRUZ, Arturo, *Ideología y vivencias en la obra de don Juan Valera*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1978.

GRAELL VÁZQUEZ, Mª Cristina, «El fin de siglo español y europeo a la luz de los artículos críticos de don Juan Valera», en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera. Conmemorativo del centenario de la publicación de «Juanita la Larga»*, Cabra (Córdoba), Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 405-413.

LÓPEZ JIMÉNEZ, Luis, *El Naturalismo y España. Valera frente a Zola*, Madrid, Alambra, 1977.

MONTESINOS, J. F., *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)* [3ª edic. corregida y con un nuevo apéndice], Valencia, Castalia, 1972.

————, *Valera o la ficción libre*, Madrid, Gredos, 1957.

OJEDA ESCUDERO, Pedro, «*Del Romanticismo en España y de Espronceda*. Significado y alcance del artículo de D. Juan Valera », en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera. Conmemorativo del centenario de la publicación de «Juanita la Larga»*, Cabra (Córdoba), Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 375-386.

PIÑERO VALVERDE, Mª Concepción, «Don Juan Valera y el indianismo romántico brasileño », *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1997, nº 570, pp. 107-123.

QUILES FAZ, Amparo, «Juan Valera y los escritores malagueños de su tiempo: relaciones de amistad y crítica literaria », en *Actas del Primer Congreso Internacional sobre don Juan Valera. Conmemorativo del centenario de la publicación de «Juanita la Larga»*, Cabra (Córdoba), Ayuntamiento de Cabra, 1997, pp. 195-209.

RUBIO CREMADES, Enrique (ed.), *Juan Valera*, Madrid, Taurus, 1990.

VALERA, Juan, «Del Romanticismo en España y de Espronceda », Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 [Edición digital a partir de *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, tomo I, Madrid, Librería de A. Durán, 1864, pp. 119-153].

————, «El Duque de Rivas», *Obras Completas*, T. II, estudio Preliminar de Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 729-767.

————, *Obras* Completas, T. III, estudio Preliminar de Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1947 (2ª edic.).